

MAP Bioconstrucción: la madera y su tratamiento

Amayuelas de Abajo (Palencia), 25 y 26 de abril de 2015

Iñaki Pierrugues Barberán

Convocados por la Asociación de Estudios Geobiológicos (GEA) para celebrar el MAP (Módulo de Aptitud Profesional) de bioconstrucción sobre la madera y su tratamiento, al atardecer del viernes 24 de abril, desde distintos lugares de la península Ibérica, fuimos llegando al acogedor Albergue de Amayuelas de Abajo, una antigua casona del siglo XVIII situada al norte de la meseta castellana, en la comarca de Tierra de Campos de la provincia de Palencia.

Nos encontrábamos cerca del camino francés del Camino de Santiago, a un kilómetro del Canal de Castilla, dentro de la Ruta del Románico Palentino (Frómista, Támara de Campos, Amayuelas...) y muy próximos a la ruta de las avutardas.

Mientras nos preparaban la cena, elaborada con productos ecológicos en la propia cocina del Albergue, según llegábamos a Amayuelas de Abajo nos íbamos presentando, acompañados de un buen vino tinto casero que nos ofreció amablemente Carmen, la cocinera, elaborado por ellos mismos con uvas de la cercana provincia de Valladolid.

Los primeros en llegar eran de Álava, de Bizkaia, de Madrid, de Gipuzkoa, de Tarragona, de Asturias, de Castellón... Entre ellos, el presidente de GEA, Jos, y los dos grandes maestros defensores y amantes de la madera que iban a impartir el curso durante el fin de semana: Josu Jauregi Sarasola y Margarita Llorente Herrero.

Josu tiene una dilatada experiencia en el uso de la madera en las estructuras de los edificios. Nació en un caserío gótico del pueblo guipuzcoano de Larrraul, en la comarca de Tolosa, de tradición rural, y procede de una familia de maestros carpinteros de estructuras y canteros. Es un "caserio ilustrado" y reconocido bioconstructor, fundador de la empresa Bioetxe, de GEA, del Grupo de Amigos de la Bioconstrucción del País Vasco y cofundador de Ekian Elkartea, que es la Asociación de Profesionales de la Bioconstrucción de Euskal Herria. ¡Hasta la etimología de su apellido guarda relación con la construcción: Jauregi significa Palacio en euskera!

Margarita es una "castellana vieja", de esta misma comarca terrecampina, y recia socia de GEA, geobióloga, pionera ebanista y profesora técnica de Formación Profesional de madera y mueble, especialista en tratamientos naturales para la madera; fundadora y presidenta de la Asociación Bioconstrucción Ultravioleta; escritora de artículos y ponente de conferencias relacionados con la protección de la madera.

La jornada del sábado comenzó con un desayuno

acompañado de pan y bizcocho casero hecho en el horno de leña que tiene el Albergue, donde el trigo se muele en un molino de piedra. Y con la incorporación al curso de los compañeros que no habían pasado la noche en el caluroso Albergue.

Josu arrancó su exposición presentándonos obras de nueva construcción, de remodelación y de rehabilitación ejecutadas por la empresa Bioetxe, con gran presencia de madera. Su hijo, Eguzki (sol en euskera), como dice Josu, "le sigue los pies," allí estaba delante del ordenador y del proyector pasando las innumerables fotos que había traído su padre. "La tala de los árboles se tiene que hacer en otoño, preferentemente en los meses de noviembre y diciembre, en la media tarde y con luna menguante y descendente", insistía Josu.

Otro de los principios en los que Josu hizo hincapié es que, "la madera siempre tiene que estar bien ventilada, y con menos del 20 por ciento de humedad no hay riesgo de que sea atacada por hongos e insectos como la carcoma o las termitas." También insistió en que muchas de las humedades y grietas que se producían en los edificios son debidas a geopatías como venas de agua subterráneas. Y entonces hay que utilizar la geopuntura para reequilibrar esos espacios alterados.

Antes de irnos a comer el menú casero del Albergue, nos trasladamos a visitar las viviendas bioclimáticas que se construyeron en Amayuelas de Abajo en el año 1999, que facilitaron la incorporación de nuevos pobladores, pues en la década de los 80 sólo había una familia en el pueblo. Unas viviendas que responden al clima continental de la comarca de Tierra de Campos, caracterizado por inviernos fríos y veranos calurosos.

La tarde del sábado la dedicamos a conocer la idoneidad de los diferentes tipos de tratamientos protectores a aplicar a la madera. Y Margarita lo dejó claro: "Desde hace algunos años, han aparecido en el mercado de la construcción ecológica, pinturas, barnices, aceites y otros productos de origen vegetal al agua". Son ricas en materias primas renovables, sin COV de origen petrolífero, exentas de secativos, no provocan cargas electrostáticas, sin esencias de cítricos ni trementina, sin agentes anti-piel, sin olor y con la calificación A+ de emisión de sustancias volátiles al aire interior. Y al final las pinturas naturales vegetales salen más baratas que las convencionales. Estuvimos probándolas sobre trozos de madera en un pequeño taller que montó Margarita. Por la noche hablamos de las termitas, que son una plaga muy





temida pues se alimentan de la celulosa contenida en la madera.

El domingo por la mañana salió lluvioso, pero las pinturas que habíamos hecho el día anterior ya estaban secas, a pesar del frío y de la humedad. Margarita nos insistía: *"Hay que lijar siempre en el sentido de la beta. Los colores cuando se secan tienen otra tonalidad"*. Volvimos a dar una segunda mano a las maderas pintadas el día anterior. Y luego salimos al campo a ver el Palomar de adobe y de madera de pino de Soria que están rehabilitando en Amayuelas de Abajo. Un Palomar hexagonal que, como nos dijo Melitón, lo quieren dedicar para exposición de semillas y como centro de actividades culturales.

Nos sacamos la foto del grupo junto al Palomar, al lado de una piedra rectangular que la había traído Melitón con el tractor. La estuvimos mirando pero no servía para hacer geopuntura, pues el Palomar tenía algunas grietas en las paredes. Allí mismo se suscitó un debate entre Josu y Margarita en torno a la inestabilidad de las líneas Hartmann y a la necesidad de abordar el tema de las variaciones en anchura y profundidad de las venas de agua subterránea. Pospusimos ese debate para poder continuar con el curso de la madera. Y quedó pendiente la geopuntura para otro momento.

Volvimos al aula donde estábamos haciendo el curso, y Josu continuó enseñándonos nuevas fotos de caseríos rehabilitados por Bioetxe. Uno de ellos, un caserío gótico, el más antiguo de Euskal Herria, construido hace unos 560 años. *"En la rehabilitación utilizó el roble, pero en las nuevas construcciones no"*; *"la madera cuando se ejecuta bien es muy duradera"*, insistía Josu. Y aunque él diga que, *"soy un analfabeto académicamente hablando"*, el mayor estudioso del caserío vasco, Alberto Santana, le consulta y le pide

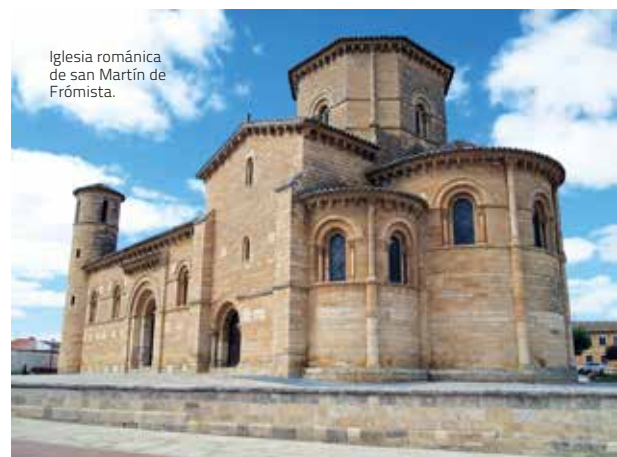
su opinión. Y es que, su experiencia y conocimiento acumulado en la construcción, le hacen ser un auténtico arquitecto e ingeniero de la restauración, de la rehabilitación, del uso de la madera en las estructuras de los edificios; es decir, de la Bioconstrucción.

Ya nos habíamos pasado del horario del programa del MAP, pero Josu no paraba de mandarle a su hijo que continuara poniendo fotografías, *"pasa, pasa, pasa..."*, le decía. Melitón nos avisaba que Cristina y María José esperaban en el Albergue para servir el cordero lechal de raza churra que nos habían preparado. Cuando llegamos al comedor hubo un aplauso para ellas y la cocinera, por la buena atención y la calidad del servicio. El cordero, de sabor muy suave y agradable, se deshacía al pinchar con el tenedor y desaparecía rápidamente de la mesa. Y es que, este cordero criado en la finca agroecológica Las Gabelas, en Amayuelas de Abajo, únicamente se alimenta de leche materna, de unas madres alimentadas de forma natural y en su hábitat, desde su nacimiento hasta su sacrificio.

Habíamos cumplido con el programa de GEA, salvo la visita a la Iglesia románica de san Martín de Frómista, a pesar de la insistencia de Margarita. No tuvimos tiempo para todo. Algunos dijeron que iban a ir a visitarla después de la comida. Para quienes no fueron a verla, aquí hay una imagen de ella. Llegó la despedida con las últimas palabras del presidente, Jos, recordándonos las próximas actividades de GEA, la Asamblea en Zaragoza y el MAP sobre CEM en Victoria, y animando a hacerse socio a quienes todavía no lo son. La experiencia ha merecido la pena. Y después cada mochuelo a su olivo.

Las viviendas bioclimáticas de Amayuelas de Abajo

Como nos indicó Melitón Lópea, persona vinculada al proyecto desde sus inicios y responsable de la cátedra de construcción con tierra de la Universidad Rural Paulo de Freire, *"las viviendas responden a este clima manteniendo temperaturas estables con su gran masa térmica. Están construidas con muros de carga de adobe. Los pavimentos también son de barro cocido. Además, se han usado sistemas de captación pasiva, como invernaderos acristalados en la cara sur. En cuanto a la energía, cada vivienda cuenta con una placa fotovoltaica para la generación de electricidad, la*



Iglesia románica de san Martín de Frómista.



cual se vende directamente a las empresas eléctricas, evitando así el uso de acumuladores de electricidad."

En Amayuelas de Abajo, para la construcción de las viviendas fue necesaria la recuperación de saberes tradicionales y mucha paciencia, tal como nos señaló Melitón: *"Aquello fue una verdadera escuela de aprendizaje, porque lo tuvimos que poner en práctica directamente sobre nuestras casas sin ninguna experiencia previa, más allá de haber hecho algunas paredes y tapias...", y por eso pagamos algunos errores."*

La recuperación de Amayuelas de Abajo no se limitó a la construcción de las 10 viviendas bioclimáticas. Éstas fueron el lugar donde asentarse e impulsar un proyecto más amplio que abarca la recuperación de numerosos edificios, que se han reciclado y rehabilitado con diferentes usos a los que tuvieron en su día, y la creación de pequeñas empresas vinculadas y relacionadas con la actividad agrícola y turística, con el fin de convertirse en una Ecoaldea.

Los Palomares.

Para muchos, los Palomares son un emblema del paisaje castellano más austero, como los hórreos en Asturias o Galicia o los caseríos del País Vasco. De hecho, aunque hay palomares en otras regiones de España y en otras comarcas de Castilla y León, los palomares terracampinos son una auténtica seña de identidad, un rasgo distintivo con personalidad y características.

Es creencia general que el uso del Palomar en estas llanuras cerealistas procede de la colonización romana. Que a ella se debe la técnica para tener a mano a un pájaro silvestre de tendencia gregaria: la paloma. Y también sus formas constructivas, el uso de los materiales de la tierra y un diseño que, con ocho o nueve variantes, "no sólo decora y amuebla el paisaje: lo calienta," tal como apuntó Miguel Delibes. Hay quien ve, también, un reflejo claro entre los columbarios romanos, los nichos en los que los romanos depositaban las urnas con las cenizas de sus muertos, y las horacas o nidales que respuntean las paredes de los palomares.

Aunque hay varias razas, la bravía (*Columba livia*) y la zurita (*Columba zurita*) han sido siempre las más frecuentes en los palomares de Tierra de Campos. Y tenerlas a mano significó durante siglos la posibilidad de un aporte energético suplementario: la carne de pichón, un lujo al alcance de quienes tenían en su posesión un palomar. Su consumo, tras caer en desuso, volvió hace ya unos años para degustarse como un manjar exquisito. Como beneficio añadido, la cría en palomar aportaba la recogida de los excrementos, el

guano o palomina, que molido y combinado con ceniza se convertía en un excelente abono para huertas y regadíos. Y muy en especial para el cultivo de los naranjos valencianos, hasta donde viajaba por toneladas.

Palomar hexagonal de Amayuelas de Abajo

El uso y disfrute de un Palomar, además de un rasgo distintivo del paisaje, también lo fue, tal como se recoge en ordenanzas de la Edad Media, un rasgo de distinción de las clases sociales más pudientes. Su tenencia y disfrute estaba regulada. Andando los siglos, sucedió que el propio mantenimiento de los Palomares a lo largo del año era una carga que no todo el mundo podía soportar. El alimento habitual de estas aves es el grano de cereal y leguminosas, por eso cuando ya están recogidas las cosechas y se encara el largo invierno castellano hay que darles de comer prácticamente a diario. Y había Palomares con muchos cientos de palomas.

Pero si el Palomar encaja tan bien en el sobrio paisaje castellano de las planicies cerealistas es porque su materia prima más habitual es el mismo barro sobre el que descansa. Un barro frágil, tan moldeable como efímero, excelente aislante térmico y sonoro que convierte el interior de estas construcciones en penumbrosos refugios de aire conventual; en oasis de una oscuridad que la luz rompe a cañonazos al colarse por las troneras; en una cueva de cuevas que las palomas colonizan mientras encuentren a mano el alimento y el agua que necesitan para sacar adelante su proles. Un barro que en su blandura y fragilidad lleva implícita la necesidad de un mantenimiento del que no requieren otros materiales constructivos. Un barro que, cuando se abandona, se deshace tan lentamente como un azucarillo.

Y así están ya muchos de ellos. El cambio en los usos agrícolas durante la segunda mitad del siglo XX, los pesticidas, la desaparición de los grandes latifundios, el despoblamiento del mundo rural o la pérdida de valor de lo que daban ha propiciado el abandono de muchos de ellos. Y, por las mismas razones, cada vez sorprende más ver cómo algunos se han rehabilitado siguiendo las formas tradicionales, o se están rehabilitando por razones de amor propio, aunque tengan otras utilidades, como es el caso del Palomar de Amayuelas de Abajo.

